

# BENITO Y LA PROMESA

Querido mejor amigo Conejito Benito:  
Te invito a mi fiesta de cumpleaños que se celebrará el primer día de la primera semana de la primavera.  
Con cariño,  
Crispín el puercoespín

Benito estaba desayunando cuando su mamá le leyó la invitación.

—Es verdad... pronto será el cumpleaños de Crispín. ¡Qué bien lo vamos a pasar! ¡Seguro que a Crispín le regalarán unos juguetes lindísimos para su cumpleaños!

—Pues, hijo —dijo la mamá coneja—, si quieres ir a la fiesta, debemos RSVP. Solo faltan cinco días.

—R-S-... ¿qué? —preguntó Benito.

—Répondez, *s'il vous plaît*. Es francés, mi amor. Significa «por favor, responder a esta invitación» —explicó mamá.

—Aaah —dijo Benito, con una gran sonrisa—. Más tarde le confirmaré a Crispín cuando lo vea en el colegio.

Y despidiéndose de papá y mamá, salió. Era un hermoso día de sol.

El camino que conducía al Colegio Verdes Prados se ponía especialmente bonito con la luz de la mañana.

Benito siempre procuraba salir lo más temprano posible para poder disfrutar de su caminata al colegio.

—¡Benito! ¡Benito! —se oyó una voz exaltada a su izquierda. Era Hugo el mapache.

—¿A que no sabes lo que me regalaron? —presumió Hugo.

Benito se rió de la expresión de entusiasmo absoluto de Hugo.

—¿Qué te regalaron?

—Papá acaba de regalarme un paracaídas nuevecito que sirve especialmente para surfear entre los pinos.

Benito se quedó boquiabierto.

—Uy, ¿me dejarás probarlo?

—Por supuesto —respondió Hugo, de lo más amigable—. ¡El próximo jueves! —agregó, mientras enfilaba de regreso hacia el barrio Mapache.

—Justo cae en el día del cumpleaños de Crispín —pensó Benito. Pero decidió no pensar más en el asunto—. Estas cosas siempre se arreglan solas —se dijo a sí mismo.

Benito sonrió todo el camino al colegio. Más tarde se sentó a almorzar junto a Crispín el puercoespín. Benito estaba tan emocionado con el paracaídas de Hugo, que se le olvidó por completo la invitación al cumpleaños de Crispín que había recibido en la mañana.

—Benito —dijo Crispín un poco preocupado—, ¿te llegó la invitación a mi fiesta de cumpleaños?

—Uy —respondió Benito dándose una palmada en la frente—. Sí, me llegó. Se me había olvidado, pero por supuesto, cuenta conmigo. *Seguramente habrá tiempo de sobra para probar antes el paracaídas de Hugo* —pensó Benito.

—Me alegro —suspiró Crispín—. Siempre me pongo nervioso cuando hay muchedumbres, aun cuando se trata de mi propia fiesta de cumpleaños. Me alegra contar contigo, saber que estarás ahí como mi mejor amigo.



Los días volaron y llegó la fecha de la celebración del cumpleaños de Crispín. Benito se encontraba en el camino sombrío que llevaba a la casa de Cris cuando de pronto aterrizó Hugo prácticamente estrellándose sobre el camino.

—Tu mamá me dijo que estabas de camino a la casa de Crispín, así que me vine volando para acá.

Hugo estaba en el arnés del paracaídas, y la verdad es que se veía espectacular. Quizás fuera el mejor de los aparatos que había visto Benito en todos sus años conejales.

—¡Súbete! —le dijo Hugo.

—Benito miró el sol en el cielo. Todavía era temprano, tenía suficiente tiempo para surfear un rato entre los pinos. Además, Crispín lo comprendería si se retrasara un poquito... sabía lo mucho que le encantaba volar en paracaídas.

Ya se acababa la tarde cuando por fin llegó Benito a la fiesta de Crispín. De hecho, parecía que la mayoría de los invitados ya se habían retirado. Crispín estaba solito, sentado a los pies de un viejo roble del que colgaban guirnaldas y adornos de cumpleaños. También había una pila de regalos junto al árbol, entre los cuales destacaba uno muy grande, envuelto en papel plateado. Al acercarse, Benito se quedó boquiabierto: ¡alguien le había regalado a Crispín un paracaídas igualito al de Hugo! Bueno, no exactamente igual... aunque costaba creerlo, ¡era aún más grande!

—¿Me perdí toda la diversión? —preguntó Benito, con aire inocente. Quería de todo corazón que Crispín lo invitara a volar en su paracaídas nuevo.

Crispín alzó la mirada desde donde estaba sentado. Se lo veía triste, y tenía los ojos un poco llorosos.

—Dijiste que vendrías —dijo, muy bajito.



—Es que... —trató de justificarse Benito, bastante avergonzado—. Lo que pasó es que se apareció Hugo, y no pude decirle que no... pero ya llegué. Todavía queda algo de tiempo; a lo mejor podemos jugar un rato.

—No, no te preocupes —contestó Crispín de lo más seco—. Creo que prefiero estar solo ahora.

—¿Te parece mejor mañana? —insistió Benito.

Pero Crispín ya se había alejado, y Benito no supo si Crispín lo había oído o no.

En los siguientes días, a Benito le dio la impresión de que Crispín lo evitaba a toda costa. No se sentaba en el lugar acostumbrado a la hora del almuerzo, en clases se sentaba adelante, justo frente al profesor, cosa que a Benito le constaba que Crispín antes jamás había hecho.

Benito extrañaba a su amigo. Recordaba la ocasión en que Crispín le había dicho que contaba con él para ser su mejor amigo en su fiesta de cumpleaños. Sabía que había herido a su amigo al faltar a su palabra. Nada le hubiese gustado más que saber cómo arreglar todo ese lío.



Llegó el día de la feria escolar. Todos los alumnos ayudaron a recaudar fondos para irse de viaje a las cataratas de Acuadero. Algunos vendían limonada, otros ofrecían deliciosos y tentadores dulces desde los puestos de venta de la feria.

Crispín estaba solito en uno de los puestos que decía «Mermeladas caseras». Los años anteriores, él y Benito siempre compartían y atendían juntos el mismo puesto, pero se había enterado por casualidad de que Benito ayudaría en el puesto de paracaidismo, vendiendo boletos para los paseos aéreos que ofrecía Hugo. Extrañaba a Benito, pero aún se sentía ofendido de que Benito no hubiese cumplido su palabra el día de su cumpleaños. Crispín suspiró y apoyó la cabeza sobre la mesa del quiosco.

—Hola, Crispín —dijo una voz que se parecía mucho a la de Benito. Cuando Crispín abrió los ojos, se dio cuenta de que era, efectivamente, Benito.

—Eh... eehh... quería...

—Benito se sonrojó— que-  
quería preguntar si podía  
ayudarte en el puesto.

Benito hizo una pausa, y al ver  
que Crispín no decía nada,  
continuó, nervioso.

—Y también quiero pedirte  
disculpas por lo del otro día,  
cuando no cumplí mi palabra.  
Me doy cuenta de que ha  
dañado nuestra amistad y que  
te ha hecho no confiar en mí.  
Pero te extraño y quiero volver  
a ser tu amigo.

—Te perdono —dijo Crispín, feliz  
de tener de vuelta a su amigo.  
Y más feliz aún de no tener que  
estar solo todo el festival.

Ese día vendieron muchos  
frascos de mermelada y  
decidieron encontrarse al día  
siguiente para salir a volar en  
paracaídas todo el día.

—Cuenta conmigo —prometió  
Benito. Le había costado  
aprenderlo, pero se sentía feliz  
de comprender la importancia  
de cumplir su palabra.

Fin

